

DE ACTUALIDAD

LEALTAD Y SERVILIDAD

Hace años que refrescamos a la memoria de nuestro pueblo—por lo menos a la de nuestro público—aquella cuarteta del acto I de “Las mocedades del Cid”, cuando el conde Lozano le dice a Peranzules: “Procure siempre acertalla—el honrado y principal:—pero si lo acierta mal,—defendella y no enmendalla”. Y luego en nuestra hermenéutica patriótica la hemos confrontado con aquella otra de Pedro Crespo en la jornada I de “El Alcalde de Zalamea”, donde dice: “Al rey la hacienda y la vida—se ha de dar; pero el honor—es patrimonio del alma,—y el alma sólo es de Dios”.

Recordábamos aquí hace poco aquellas palabras de don Antonio Cánovas del Castillo en sus “Estudios del reinado de Felipe IV” de que “los pueblos verdaderamente monárquicos distingúense siempre en que por severos que con otros sean, nunca levantan ligeramente hacia sus reyes la responsabilidad de las públicas desdichas”. Principio de... ¿de lealtad? ¡No! sino de lo otro, que debió de tener muy en cuenta su autor, cuando en 1859 acusó al ministro Esteban Collantes, en el Senado, por lo de la autorización del pago de 130.000 cargas de piedra para el canal de Manzanares, cargas que no llegaron a emplearse. Sabía acaso Cánovas que al ministro le impediría defenderse bien el tener que cubrir a la ex reina gobernadora doña María Cristina de Borbón, señora de Muñoz a la sazón, que el pobre Esteban Collantes llevaría al heroísmo lo que a él se le antojaría lealtad y a nosotros se nos aparece como servilidad o “servileza”. Porque el alma solo es de Dios y el honor es patrimonio del alma y no era cosa de lealtad arriesgarlo por cubrir chanchullos de la que González Bravo llegó a llamar “ladre”.

Más en lo honrado estuvo don Salustiano Olózaga, en 1843, cuando para defenderse de una acusación de la reina Isabel, niña entonces de me-

nos de catorce años, no vaciló en desmentirla. Que cuando la lealtad pasa la raya de la vida y la hacienda, sale de lealtad y entra en servilidad.

¡Ofrecer la vida al país! Sí, pero hay algo que está sobre la vida. Puede uno jugarse la vida—aunque hay algo más serio que jugarla—pero no cabe jugar con el patrimonio del alma.

Sabemos—y de la mejor tinta—que alguno de los ministros hoy (31 de mayo) de la Corona se duele de que nosotros, los censores del pueblo, no hacemos siempre justicia a su patriotismo, su desinterés y sus buenas intenciones. Dice que los que les miramos desde fuera les desconocemos, que “hay en la vida pública una inmensa mayoría de hombres radicalmente buenos y abnegados y es frecuente que los pocos que no lo son resulten más o menos pronto eliminados de la estimación y convivencia con los demás”. Así lo creemos, pero...

Pero que en el patriotismo puede presentarse lo que Echegaray habría llamado “conflicto entre dos deberes”. Por patriotismo puede uno, soldado desconocido acaso, ocupar a desgana un puesto para evitar que lo ocupe otro que se rinda del todo a ciertas exigencias, otro que llegue a la perfección de la servilidad, ¿pero no sería más patriótico lo otro?

Por malos que creamos a nuestros políticos, los de partido, mucho peores creemos a los otros y si hay en las alturas quien ha dicho que desea que se disuelvan los partidos políticos para que así quepa elegir los gobernantes de fuera de ellos y uno a uno, arredilándolos en el Gobierno la regia prerrogativa, el día que esto llegase no nos quedaría a los españoles con vergüenza de nuestra españolidad otro recurso que el de emigrar. Y marcharnos diciendo acaso lo que según el “Romancero” dijo Rodrigo Díaz de Vivar, “el soberbio castellano” al rey don Alonso VI y fué: “Tú me destierras por uno—yo me destierro por cuatro”. Y al destierro se fué, lejos del rey, a ensanchar España.

Irreparable desgracia si disueltos o abstenidos nuestros actuales partidos políticos—malos y todo como son—pudieran trepar a los consejos de la Corona sujetos de los que se dicen independientes, negociantes, accionistas, embaucadores, soñadores

juliovernescos, pseudo técnicos, aventureros, testaferros, ujieres, señoritos, en suma... ¡el disloque! Pero desgracia irreparable como sería, acaso llegue a sonar en el reloj de nuestra historia el cuarto de hora fatídico de que los políticos que abriguen verdadero patriotismo—que consiste en muy otra cosa que en jugarse la vida, señor—provoquen esa disolución. Y que les sucedan otros cocineros, no políticos, pero sí de cotarro, que nos sirvan las albendiguillas sin rebozo alguno y guisadas y todo con aceite de rezno, para mayor chacota, que nos barra las tripas y hasta nos haga volver el cuajo. A ver si así despertábamos listos.

¿Y luego... la revolución? Pero no la desde arriba que anunció Maura antaño. Y que no fuimos los dichos de la izquierda, como hace poco nos decía en la intimidad un ex ministro maurista, los que se la estorbamos. Esa revolución desde arriba se la estorbaron de más arriba aun cuando Dato, acaudillando al recién nacido idoneísmo sietemesino, sacrificó el patriotismo austero a lo que él creía oportuna lealtad posibilista y nosotros creamos otra cosa. Y el pobre Dato lo ha pagado con la vida. Pero a la patria hay que darle la vida de otro modo y no jugándosela así. Que fué jugársela y en vaca.

Y no se nos venga con lo de los que le rodean a uno. Los griegos para llamar a un hombre público, de cotarro, a Alcibiades, v. gr. solían decir: “los en torno a Alcibiades”, queriendo decir él, Alcibiades mismo. Que quien se hace cotarro es aquellos de que se rodea rechazando a otros como a rebojos; el cotarro es él. No, no los que le rodean, sino de quienes se rodea.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CRÉDITOS USAL ES